

Latinoamérica, el otro milagro

L

atinoamérica ha todos los concursos históricos en la elaboración de sus constituciones. Entre más caótico es un país, mayor su gusto por las cartas magnas. (Haití se ha dado a sí mismo más de cien). Como es obvio, esta fiebre legislativa no es sino indicio del

la cultura democrática que a la republicana. Entre el Estado y el ciudadano no hay, por lo general, cuerpos jurídicos suficientemente sólidos, respetados e independientes. Una de las vías de consolidación más urgentes para la región está en la modificación de los sistemas legales hacia modelos francamente sajones de procuración de justicia. Así como la tradición colonial desdeñaba los procesos electorales y los votos, impartía también una justicia demasiado asida a los códigos, demasiado propensa a la burocratización y el cohecho, poco anclada en la responsabilidad individual y comunitaria. ¿No sería oportuno, por ejemplo, introducir selectivamente, en niveles regionales o locales, los jurados populares?.

Estos y otros cambios serían más factibles de lo que son si en estos países existieran voces de disidencia intelectual opuestas al *estatismo* (doctrina partidaria del Estado y de lo estático), contrapartes de los Havel, Sajarov, Michnik, Konrad. Pero un fenómeno crucial es que en estos países la *intelligentsia* es antiliberal y continúa siendo partidaria de al menos tres de los cuatro paradigmas de estancamiento. Son enemigos decididos de los gorilas de derecha pero no han visto mal a ciertos generales "de izquierda" (Velasco Alvarado), no se diga a

**ENRIQUE
KRAUZE**

«Una de las vías de consolidación más urgentes para la región está en la modificación de los sistemas legales hacia modelos francamente sajones de procuración de



Castro o los sandinistas. Su propensión a la ideología los vuelve impermeables a la comprobación empírica y la argumentación científica. Después de 1989, no se sienten demasiado obligados a poner en entredicho creencias fundamentales como el rechazo a la propiedad privada —salvo la de ellos— o la fe en el Estado, que por lo general los subsidia. Para ellos el fracaso del "socialismo real" marca el triunfo del "socialismo ideal". Su antinorteamericanismo adopta, por momentos, tonos y expresiones "huseinianas". No practican la guerrilla urbana pero sí la guerrilla verbal en cátedras universitarias, páginas periodísticas, conferencias o charlas de café. En algunos países su presencia en el aparato cultural (libros, revistas, periódicos, radio, universidades) es predominante. Muy pocos, entre ellos, abogarían por la instauración de un régimen comunista, pero el populismo político y económico —la implantación de los dos últimos paradigmas— es su objetivo claro. Gabriel Zaid, que le ha dedicado varios estudios, ve en este grupo nada menos que un estamento burocrático característico de la vida académica latinoamericana, la heredera directa de la Contrarreforma en nuestros días. Quien los ha visto de cerca, ha leído sus sermones o escuchado sus homilias, no puede dejar de pensar que el último stalinista del planeta no morirá en la URSS sino en una Universidad de América Latina. Frente a esta formación burocrática-religiosa-social se necesita nada menos que *una Reforma de la Inteligencia*. Mientras esperamos la aparición providencial de un Lutero que rompa desde dentro con los guardianes de la ortodoxia, o de un Erasmo que introduzca humor, humanismo y tolerancia en las densas atmósferas de la neoescolástica latinoamericana, los gobiernos y las sociedades civiles harían bien en propiciar la mayor apertura hacia Occidente en la producción y circulación de ideas. Las librerías de América Latina son un desastre. Grandes tradiciones intelectuales y grandes industrias editoriales, como la Argentina, se han perdido en décadas de simplificación ideológica y populismo. La iglesia, que ha jugado un papel objetivamente liberador tanto en Chile como en Nicaragua, podría aprovechar también el prestigio casi intocado — como de santuario o reserva del catolicismo— que goza en América Latina. Es urgente, pero no sencillo, que recobre ciertas raíces liberales y erasmistas anteriores al Concilio de Trento, doctrinas que, por cierto, *fundaron* a las sociedades del Nuevo Mundo. Y no lo es, no porque falten católicos demócratas sino católicos intelectuales. Hace muchos años que la cultura católica en Latinoamérica adolece de falta de creatividad: la mimesis del marxismo con la teología de la liberación es una prueba.

El Cuadro actual. A partir de una ponderación impresionista sobre el papel que en cada país juegan los viejos paradigmas y las

«Hace muchos años que la cultura católica en Latinoamérica adolece de falta de creatividad: la mimesis del marxismo con la teología de la liberación es una prueba.»



nuevas tendencias, cabe arriesgar una conjetura profética. Los países con mayor posibilidad de consolidación serían aquellos que combinaran una antigua tradición democrática —ahora continuada o retomada— con una política económica abierta y sensata. Chile, Uruguay, Costa Rica y Venezuela estarían en este caso. Bolivia, con su exitoso plan de estabilización y su Acuerdo Nacional Democrático calificaría también, aunque en otro nivel, lo mismo que Colombia, si no fuese porque a ésta la desvela una pesadilla más grave que los cuatro paradigmas: la droga y su secuela de violencia.

En una zona política gris están cinco países cuyo problema es la gravitación reciente de la mano dura: Honduras, Ecuador, Paraguay, República Dominicana y Panamá. En este último, el haber apoyado la invasión norteamericana minará a todo lo largo al régimen de Endara. La recaída de cualquiera de estos países en los viejos usos, difícilmente tendría consecuencias regionales o continentales. Algo muy distinto ocurriría si la reversión ocurriera en Argentina, Brasil, México y Nicaragua. Los cuatro tienen un denominador común: una fuerte presencia populista. El populismo formal de Menem puede ser rebasado por el populismo real de sus antiguos "descamisados". En México, Cuauhtémoc Cárdenas —el hijo del Presidente populista más popular del siglo xx— ejerce una oposición tenaz al régimen de Carlos Salinas de Gortari, que si bien ha alcanzado, en lo personal, respeto y credibilidad, no ha podido transmitir legitimidad —*siempre* la palabra clave— al viejo y dinosaurio PRI. El gobierno mexicano y sus instituciones son fuertes, la nueva política económica se ha instrumentado con valor y claridad, pero hay en el país una incertidumbre vaga, que muchos sienten pero de la que pocos hablan, sobre el horizonte histórico. *México, ésa es la verdad, no ha resuelto su transición a la democracia.* Por si algo faltara, en México, como en ningún otro país de Latinoamérica, es sólida la alianza del liderazgo populista con la ortodoxia universitaria antiliberal. Por todo esto, el cardenismo le depara sorpresas mayores en los comicios legislativos, locales y estatales de 1991 a 1993 y los presidenciales de 1994. Con Nicaragua, en fin, el riesgo no es ya la implantación de un régimen similar al cubano. El problema último, ahí también, es el populismo, que seguiría retrasando la recuperación de un país que ha sufrido décadas de postración y miseria. Por lo demás, si los sandinistas volviesen al poder ejercerían seguramente un gobierno más sabio y abierto: la ficción de representar a *todo* el pueblo nicaragüense se acabó el día en que pudieron las elecciones.

Perú y El Salvador viven un estado de interminable guerra interna que podría desintegrarlos como al Líbano. El primero, por fortuna, ha corregido el rumbo económico y sigue siendo una democracia. Haití vive en la jungla de los gorilas. En Guatemala, frágil siempre, podría escalar la guerrilla o ascender un nuevo

«Si los sandinistas volviesen al poder ejercerían seguramente un gobierno más sabio y abierto: la ficción de representar a todo el pueblo nicaragüense se acabó el día en que pudieron las elecciones.»



caudillo populista: el general —vuelto a nacer de civil— Efraín Ríos Montt. Cuba, como siempre, es un caso aparte. No falta quien quiera la remoción, si es posible pacífica, de Castro, a quien algunos estudiantes llaman "Chochescu", pero quizá también una porción considerable de la población sigue considerando que vivir en la escasez crónica de pan y libertad es encarnar un destino glorioso: "Revolución o Muerte".

El cuadro, como se ve, dista mucho de ser desalentador. Por el contrario: es quizá la mayor y mejor combinación de madurez que ha alcanzado América Latina en este siglo. El fin de la Guerra Fría ha cancelado, con toda probabilidad, las perspectivas del paradigma socialista real tal como se ha dado en este planeta, no en el *Topus Uranus* de los buenos deseos. Esta circunstancia tiene ya un doble efecto benéfico sobre América Latina: los norteamericanos abandonarán su paranoia (*the reas are coming*) y los latinoamericanos su chantaje (*yes... the reas are coming*). Desmontando en principio el mecanismo de desconfianza mutua, Latinoamérica podría descubrir los "atractivos de ser atractivo" (A. Hirschman) y Estados Unidos responder a esa atracción con respeto político —que nunca han tenido— e inversiones —que han regateado. Si los generales persisten en su sano retiro, sólo queda una sombra: la alianza de la "clerecía" intelectual latinoamericana con el liderazgo populista. De llegar al poder, estos hombres revertirían el proceso de madurez infligiendo diversos grados de deterioro que la población no identificaría necesariamente con ellos. El secreto del populismo es tan antiguo como la demagogia: diferir, desviar, confundir el juicio de la sociedad sobre el gobierno. La explotación sentimental de la ignorancia popular es la eterna salida fácil. Pero a estas alturas del siglo cerrar las economías de estos países y empobrecer su vida pública no es perder algunos años: es perder el futuro.

«El secreto del populismo es tan antiguo como la demagogia: diferir, desviar, confundir el juicio de la

